
RAZÓN VITAL COMO BIO-LOGÍA. LA FILOSOFÍA DE ORTEGA Y SU RELACIÓN CON LA CIENCIA BIOLÓGICA

MARCOS ALONSO FERNÁNDEZ

ABSTRACT. VITAL REASON AS BIO-LOGY. THE PHILOSOPHY OF ORTEGA Y GASSET AND ITS RELATION TO BIOLOGICAL SCIENCE.

This paper shows how José Ortega y Gasset's philosophy, one of the most important thinkers of the first half of the twentieth century, has biological science as its basis and constant reference. This idea, defended by some interpreters must, nonetheless, be remarked and emphasize by analyzing how the orteguan ratiovitalist philosophy is an eminently biological. Addressing the influence of various scientists—especially J. von Uexküll—we will posit such thesis, highlighting as well the potentiality of Ortega's thought for the present moment, when biological science has risen as the paradigmatic science of our time.

KEY WORDS: Ortega y Gasset, biology, vital reason, metaphysics, paradigmatic science, anthropology.

1. INTRODUCCIÓN

La influencia de la biología en el pensamiento de José Ortega y Gasset no ha pasado inadvertida en las últimas décadas, y ha sido muchas veces cuestionada, tanto en su peso específico, como en su significación. La tesis más asentada es la esbozada por autores como Orringer y Cerezo, según la cual habría unos primeros años en los que se infiltra en Ortega un cierto vocabulario biologicista, a través principalmente de Nietzsche, que finalmente se iría depurando y acabaría desapareciendo en una etapa posterior, más madura, de su pensamiento. Esta comprensión, si bien acierta en la influencia de Nietzsche y en los cambios que a principios de los años treinta experimenta la idea orteguiana de vida, yerra, a nuestro entender, al minimizar inadecuadamente el papel de la biología en la conformación y desarrollo del proyecto filosófico orteguiano. Como mostraremos a lo largo de este artículo, el influjo que las nuevas ciencias biológicas de la

Universidad de Investigación de Tecnología Experimental Yachay, Urcuquí, Imbabura, Ecuador. / malonso@yachaytech.edu.ec

segunda mitad del XIX y principios del XX tuvieron en Ortega fue enorme; y su reapropiación a la altura de los años treinta no supuso una negación de la base biológica de su pensamiento, sino un enriquecimiento y ampliación de la misma.

La idea principal del presente artículo es que la importancia de la biología en Ortega es tal que podría entenderse que el epíteto de “razón vital” no es más que la transcripción de la palabra compuesta “bio-logía”, el *logos* del *biós*. Como explica M. Garrido, “Ortega comentó en repetidas ocasiones que la teoría general de la vida humana podría denominarse *biología*, siempre que se estuviese de acuerdo en reservar para la biología de los biólogos el nombre de ‘zoología’” (1983, p. 335). Esta confusión reduccionista entre *biós* y *zoé* ha sido señalada por diversos autores, particularmente por J. E. Pérez Pinto¹. Ni siquiera es necesario apoyarse en las interpretaciones de los estudiosos de la obra orteguiana: ya el propio Ortega hablaba de la necesidad de “una teoría general de la vida —cuyo nombre más natural debía ser «Biología» si Lamarck no lo hubiera inventado y acotado para lo que, *en rigor, debiera llamarse «Zoología»*” (VI 782)²— un error que según Ortega se debió a que Lamarck “no sabía griego e ignoraba que *bios* no es, como *zoe*, vida orgánica, sino conducta del ser viviente” (VI 782).

Así pues, si nos desembarazamos de lo que históricamente ha terminado siendo la biología como disciplina científica concreta, resultaría que la filosofía de Ortega, la razón vital, es lo que propia y auténticamente deberíamos entender por *biología*. Esta idea, la tesis central de este artículo, ya fue entrevista por G. Bueno, quien en un congreso dedicado a la figura de Ortega afirmaba que:

... la idea de la vida, tal como Ortega la va proponiendo, sigue llamándola, sin embargo, *biología*, porque él propone alguna vez el hablar de biología en el sentido más general; una biología, por tanto, no somática, porque en —el fondo esta tesis es muy importante para Ortega— subraya que esta vida de que él habla no es una vida trascendente, espiritual, descarnada, sino una vida que tiene una genealogía concreta, que tiene una inserción práctica, vital en un tipo de animal de proyectos, que es animal, pero que no sale del animal (1983, pp. 305-306).

Que el proyecto orteguiano de una biología fundamental, su filosofía de la vida, no fuera perfectamente cerrado y quedara en un estado de cierta precariedad no debe cegarnos ante el hecho de que Ortega realizó su filosofía desde sus reflexiones sobre la vida, y que la biología de su tiempo ejerció sobre su obra un influjo incomparable. Una interpretación, la de Ortega como filósofo de la biología —o al menos como filósofo extremadamente atento a la biología— que, en mi opinión, sitúa a Ortega en un puesto privilegiado dentro de la historia del pensamiento del siglo XX, si

bien posiblemente no por las razones que algunos de sus más fieles seguidores hubieran pensado.

2. ANTECEDENTES DE LA INTERPRETACIÓN NATURALISTA DE ORTEGA

M. Benavides, con su obra *De la ameba al monstruo propicio. Raíces naturalistas del pensamiento de Ortega y Gasset*, ha sido el primero en proponer esta interpretación de Ortega como pensador en estrecha relación con la biología. Benavides comienza su decisiva obra con esta luminosa reflexión:

Buscar las raíces del pensamiento orteguiano en el estado propio de las ciencias de su tiempo (biología, psicología animal, física, matemática, etnología, historia) significa entroncarlo con los más altos momentos de la filosofía occidental; aquellos en que la reflexión, adueñándose de los resultados alcanzados por una revolución científica, elaboró conceptualmente una nueva visión del mundo, que afectaba por igual a la metafísica, a la teoría del conocer, a la ética, a la estética y a una teoría general del hombre (Benavides, 1988, p. 13).

Como expone en el texto antes citado, establecer esta conexión del pensamiento orteguiano con las ciencias de su tiempo no sólo no lo rebaja, sino que lo pone al nivel de los mejores y más altos momentos de la filosofía. Benavides piensa, con toda razón, que las ideas “necesitan, como Anteo, tocar tierra, y en especial, la tierra firme de la ciencia” (1988, p. 13). La ola de veneración científica surgida sobre todo en el siglo XIX, la corriente conocida como positivismo, generó a su vez una resaca de antipositivismo que, en su afán por negar dicha relación venerativa con las ciencias, cortó cualquier tipo de relación con ellas, dejando a la filosofía en una situación de solipsismo de la cual todavía no se ha recuperado plenamente.

Ambas posturas, positivismo y antipositivismo, son erróneas en su extremismo. La filosofía no debe plegarse a la ciencia, y tampoco debe despreciarla y desentenderse de ella. En este sentido, Benavides afirma que “la filosofía no es ciencia, sino reflexión sobre la ciencia; no es un sucedáneo o excrecencia de la ciencia, sino un dominio autónomo que en su propio despliegue puede prescindir de la referencia explícita a aquélla, aun cuando de ella reciba su impulso” (1988, p. 16). La filosofía no puede dar la espalda a las ciencias, porque, en un sentido más fundamental, la filosofía no puede dar la espalda a la realidad. Al menos la filosofía tal y como la entiende Ortega. Como refiere M. Benavides, “En una fecha tan temprana como el 16 de mayo de 1905 escribía [Ortega] a Navarro Ledesma: «La filosofía no es nada en sí, a hablar claro: es sólo un procedimiento químico con que tratar una primera materia extraña a ella y esenciarla. Es decir, que el filósofo tiene que buscar su materia en una ciencia especial»” (citado por Benavides, 1984, p. 105). De ahí que el filósofo madrileño diga que la filosofía siempre ha bizqueado hacia la ciencia (Cf. IX 941). Bizquea,

es decir, mira de reojo, no se ocupa directamente, pero no deja de tener en cuenta. La correcta relación del filósofo respecto de la ciencia, que es la que estimamos que acertadamente puso en juego Ortega, es la de estudiarla, absorberla y conocer sus datos, pero desde una distancia que le permita reinterpretarlos en un sentido filosófico. Un “sentido filosófico” que no es una expresión vaga y etérea que no quiere decir nada: interpretar los datos de la ciencia en sentido filosófico es abstraerlos de su contexto científico inevitablemente reduccionista y articularlos en una visión más amplia y sistemática de la realidad ⁴.

Es evidente, como dice Pérez Pinto, que “La pasada centuria y la presente coinciden con el más espectacular desarrollo de las ciencias biológicas” (1983, p. 263). La filosofía necesariamente tuvo que hacerse eco de estos avances biológicos. Como explica A. Diéguez, esta defensa de la importancia filosófica de la ciencia y en concreto de la biología puede observarse en otros autores de finales del siglo XIX y principios del siglo XX, como Nietzsche, Lorenz, Poincaré, Mach, James, Simmel o Haeckel (Cf. Diéguez, 2012, p. 301). En el caso que nos ocupa, como explica Benavides, “el pensamiento de Ortega, especialmente a partir de 1913, tiene su fuente de inspiración en las ciencias naturales, y que las cesuras que en el mismo pueden determinarse tienen su origen en el cambio de estatuto teórico de aquéllas” (1988, p. 18). Benavides de hecho piensa que la evolución del pensamiento orteguiano se debe a los cambios de paradigma en estas ciencias, y no tanto a los filósofos o corrientes filosóficas que le influyeron ⁵. Este intérprete, pese a sus grandes aciertos, es en este punto y algunos otros algo exagerado ⁶. Creo que es mejor hablar de una influencia subterránea, profunda y por tanto más duradera e importante de las ciencias naturales, sin que ello reste importancia a otras influencias. Benavides, con todo, sí acierta al hacer una excepción de la fenomenología ⁷. De hecho, este autor entenderá a ambas en continuidad, a “la fenomenología y la nueva biología. Esta última no era, al fin y al cabo, otra cosa que la más brillante fenomenología de lo viviente” (Benavides, 1988, p. 130).

Encontramos en la obra de Benavides una relación bastante completa de los biólogos y antropólogos que influyeron a Ortega. Además de los fundamentales Uexküll y Köhler (Cf. Benavides, 1988, p. 20) ⁸, Benavides menciona a toda una serie de autores que, en mayor o menor medida, dejaron su impronta en Ortega. Biólogos o teóricos de la biología como el darwinista Haeckel; críticos de Darwin, como el omnipresente Uexküll, además de Driesch, Jennings, Radl ⁹, Hugo de Vries o Bateson; médicos y científicos españoles como su amigo Marañón (Cf. Benavides, 1988, pp. 157-158) o Achúcarro; miembros de la *Gestalt* como el mencionado Köhler o Koffka (Cf. Benavides, 1988, p. 300), antropólogos como Scheler, Plessner o Gehlen; y autores de diversa índole como Klages, Lessing, Bachofen,

Dacqué o Goldsmith (Cf. Benavides, 1988, p. 12) que marcaron sus reflexiones sobre el origen del hombre.

A la lista de Benavides podrían incluirse algunos nombres importantes, como Turró, el médico español que hizo germinar en Ortega la idea del *verdávoro*¹⁰. Mención especial merece N. Hartmann, el por entonces joven profesor adjunto con el que Ortega trabó amistad en Marburgo y que ya en 1912 había escrito *Cuestiones fundamentales filosóficas de la biología* (Cf. Hartmann, 1912), un libro que se encuentra en la biblioteca personal de Ortega anotado profusamente por él mismo y que está dedicado afectuosamente por Hartmann.

No obstante, este reconocimiento a Benavides como pionero en la reivindicación del peso de la biología en la filosofía de Ortega no implica atenerse estrictamente a su interpretación. De hecho, estimamos que Benavides se equivoca de manera fundamental en su manera de entender la apropiación orteguiana de la biología. Este autor expondrá su tesis del siguiente modo:

La influencia de la nueva biología no fue, como el mismo Ortega señala, meramente científica, sino cordial. No le influyó como biólogo —él no lo era—, ni pudo influirle como filósofo —von Uexküll o Jennings no lo eran. (...) von Uexküll le suministró... lo que el mismo título de la obra del biólogo indica: una visión biológica del mundo determinada, unos conceptos de los que vació el contenido meramente biológico para, en sus conchas vacías, alojar su concepción del hombre, de la historia, del arte, de los pueblos, de la filosofía, de la verdad, de la ética y de la estética. Y ello, por un procedimiento que nunca nombra, excepto en una ocasión, en que usa un término tan vago como el de «ampliación» (1988, pp. 112-113).

A pesar de estar apuntando a una clave decisiva de la obra de Ortega, nos parece que es una pobre descripción del proceder orteguiano decir que el filósofo español tomó los conceptos biológicos, los vació de contenido meramente biológico, e introdujo otra serie de contenidos. Este gesto del “meramente” sólo encubre una comprensión poco afilada de un problema. Pues, ¿cómo puede un concepto ser “meramente biológico”, como dice Benavides? Y cuando se le vacía de este supuesto contenido meramente biológico, ¿qué queda exactamente? El procedimiento hermenéutico por el cual la filosofía orteguiana se construye a partir de ciertas intuiciones biológicas es más complejo de lo que Benavides da a entender.

Otro texto de este estudioso aclara todavía más su interpretación. Benavides expone lo que considera “el modo mismo de operar de nuestro pensador: pertrechado con un cuerpo de ideas biológicas, describe, por simple extensión analógica —él la denomina *ampliación*— un dominio determinado —la ética, la pedagogía, la política— a través de un lenguaje tomado en préstamo a la biología” (1988, p. 64). La presentación que Benavides

hace del proceder orteguiano parece ciertamente confusa. Según esta exposición, la utilización de la biología para abordar otras esferas por parte de Ortega no sería más que una utilización *ad hoc* y gratuita, sin ninguna necesidad interna que obligara a dicho uso. Ortega, piensa Benavides, simplemente sometería estas ideas a un proceso de metaforización ¹¹ que le permitiría usarlas en otro contexto. La impresión de *collage* fortuito que Benavides da de la filosofía de Ortega es realmente desafortunada.

En otros puntos de su obra Benavides hablará de las “matrices múltiples” ¹² que la biología brindaría a Ortega y sobre las cuales éste desplegaría sus reflexiones acerca de distintos temas. De nuevo, parece que Benavides no capta el verdadero modo en que Ortega se apropia filosóficamente de la biología, si bien la idea de matriz al menos remite a un origen remoto y profundo, al subsuelo al que preferimos referirnos para hablar de la influencia de la biología en Ortega.

En definitiva, podemos decir con Benavides que la influencia de la biología y las ciencias naturales en un sentido más amplio fue muy grande en Ortega. Sin embargo, creemos que la manera en que este intérprete comprende dicha influencia no es del todo acertada. Este error le lleva a establecer toda una serie de relaciones que, sin ser completamente falsas, son equivocadas en su pretensión de establecerse unidireccionalmente y de manera simplista. De este modo, es cierto que conceptos tan importantes para Ortega como los de circunstancia o perspectiva tienen una innegable raigambre naturalista ¹³ (Cf. Benavides, 1988, p. 110), pero es un error creer, como Benavides parece hacer, que Ortega llegó a ellos principal y casi exclusivamente desde la biología. Es un error no sólo por despreciar sus fuentes filosóficas, sino principalmente por no entender el modo en que la biología opera en el pensamiento orteguiano. Ortega no “utiliza” filosóficamente a la biología, sino que su filosofía se imbrica completa e integralmente con la biología, llevando a cabo una filosofía de la vida en el sentido más pleno de la palabra, entendiendo vida en toda su amplitud y profundidad, y no, como suele entenderse, como una especie de constructo metafísico-abstracto.

Pero nótese que esta imbricación de biología y filosofía no significa ni puede significar en ningún sentido el abandono de la biología; no puede consistir en vaciar de contenido biológico los conceptos biológicos, sino que debe apoyarse bien en ellos para construir, a partir de ellos, una filosofía firmemente enraizada en la realidad. Ortega va más allá del biologicismo ¹⁴, pero no más allá de una filosofía biológica, de una filosofía de la vida. Esta filosofía biológica será además una filosofía eminentemente hermenéutica, como a continuación exponremos. La contextura auto-comprensiva de la realidad vital obliga a que esto sea así, adquiriendo la biología un estatus bien distinto al de cualquier otra ciencia particular. De este modo, como lo explica J. B. Fuentes “la biología, lejos de quedar

contenida en el recinto de un saber regional, de una región categorial de la realidad, de un “cierre categorial”, queda ilimitadamente abierta, tanto por su comienzo como por su final conocido” (2005a, p. 15). Esta apertura de la biología, característica también de la filosofía, será un punto muy importante para comprender la cercanía entre ambas.

3. CRÍTICA AL REDUCCIONISMO FÍSICO-MATEMÁTICO Y A SU INFLUJO EN LA BIOLOGÍA

Conviene decir algunas palabras al respecto para aclarar las coordenadas desde las que estamos pensando. El problema de fondo es la unívoca comprensión de “ciencia” como “ciencia físico-matemática”. Las razones para este reduccionismo ya han sido apuntadas, y Ortega ha sido uno de los primeros en trazar una genealogía de esta ciencia y de su incidencia en las creencias actuales, como puede verse en obras como *En torno a Galileo*. Todavía hoy, a pesar del trabajo sobre los paradigmas científicos de autores como Kuhn (Cf. 2010), la ciencia físico-matemática y su método científico suelen predominar completa y casi exclusivamente al hablar de ciencia, lo que resulta en un empobrecimiento epistemológico y en una incompreensión de muchos de los problemas abordados. Por ello es importante reivindicar la posibilidad de otros paradigmas científicos, de otras maneras de entender la ciencia que no tengan que plegarse necesariamente a los parámetros de la ciencia físico-matemática. Uno de estos paradigmas alternativos es el de la biología.

La biología ha estado presa durante mucho tiempo de este paradigma fiscalista, en parte debido al origen darwiniano del renacimiento de la biología en el siglo XIX. Sin embargo, de una manera muchas veces no perfectamente consciente, la biología ha ido soltando —al menos en parte— este lastre fiscalista y ha empezado a configurarse con base en sus propias coordenadas y parámetros, sustancialmente distintos a los de la física (Diéguez, 2012, pp. 21-22). No por casualidad, esta biología “desfiscalizada” es una biología muy afín a la filosofía (al menos afín a cierta forma de filosofía fenomenológica-hermenéutica que aquí defendemos) y que, como dice A. Diéguez, en filosofía de la biología hay “una colaboración entre filósofos y científicos mucho mayor de la que hubo en décadas pasadas en la filosofía de la ciencia centrada en la física ¹⁵” (2012, p. 17). A nuestro modo de ver, la clave radica en que la biología, por la contextura de su objeto (que precisamente se caracteriza por no ser sólo objeto, sino también sujeto), sólo se deja aprehender desde una aproximación eminentemente hermenéutica. Como explica J. B. Fuentes, la biología es un saber

... inexorablemente *hermenéutico*, puesto que la conducta de los organismos, que constituye como decimos la clave explicativa funcional esencial del saber biológico, y precisamente en cuanto que actividad ella misma *cognoscitiva*, sólo pue-

de ser cognoscitivamente accesible a otros organismos, incluidos los propios biólogos que la estudian, de un modo inevitablemente *interpretativo* (2010, p. 62).

La constitución interpretativa de la vida es un punto de referencia para muchas y diversas filosofías y teorías de la biología del siglo XX. Ortega y la corriente hermenéutica suponen un claro ejemplo, con una definición de la vida como la siguiente de J. Marías, que no deja lugar a dudas: “La vida humana, por ser una realidad dramática y no hecha, sino siempre haciéndose, imaginativa y proyectiva, futuriza, es *interpretativa*” (1973, p. 241). Desde la biología este punto es cada vez más aceptado desde diferentes vertientes, como lo muestra la tesis de J. Fuentes antes mencionada, además de otros planteamientos como la teoría de la *autopoiesis* de Humberto Maturana y Francisco Varela, la cual entiende que “El fenómeno *interpretativo* es una clave central de todos los fenómenos cognitivos naturales” (1995, p. 46).

De este modo, tras las indicaciones previas, pasamos a exponer la manera concreta en que las ciencias naturales, principalmente la biología, marcaron el pensamiento de Ortega. Para ello, el primer punto insoslayable es dar cuenta de la situación de la biología que el filósofo español encuentra en su época: no sólo de cuando comienza a filosofar conscientemente en torno a ella (aproximadamente en torno a 1912) sino remontándonos a sus años de juventud en los que las ideas ambientales de la biología darwinista estaban ya ejerciendo un influjo nada desdeñable. Esta biología que Ortega se encontrará puede caracterizarse como una ciencia incipiente, que había tenido un verdadero renacimiento a partir de la publicación de *El origen de las especies de Darwin* en 1859, pero que resultaba enormemente problemática no sólo por su relativa inmadurez, sino también por su propio objeto, la vida, a la que tanto filósofos como científicos parecían no haber querido acercarse de manera directa hasta esos años¹⁶. Este renacimiento darwiniano de la biología será, por tanto, ambivalente en la medida en que indudable valor que tuvo el repensar la vida y el traer los problemas biológicos al primer plano, vino acompañado de una visión reduccionista y equivocada de dicha realidad vital. Una ambivalencia que se remonta a los mismos inicios de la Modernidad con Galileo y Descartes. Como Radl acierta a comentar respecto de este punto y con relación a los inauguradores de la Modernidad,

... es menester distinguir entre los méritos contraídos por ellos en la matemática, la astronomía y la física y los contraídos en la biología. Es menester tener en cuenta que dichos investigadores se elevaron hasta su punto de vista justamente contra la concepción biológica de los fenómenos, y que, por consiguiente, sus conquistas fueron hechas a costa de la biología. Hasta ahora no se ha parado mientes en este hecho, de que los intereses de la biología no siempre coinciden con los de las ciencias físico-matemáticas. Un Galileo o un Descartes

es alabado también por los biólogos, como fundador de una nueva concepción de la vida, aunque no pueda enlazarse a sus nombres ninguna idea biológica digna de mayor consideración (1988, p. 12).

Si volvemos a Darwin, es claro que su importancia, no sólo en la conformación de la ciencia biológica, sino en la configuración de nuestro mundo actual, no puede ser exagerada¹⁷. Muchas de las creencias sobre las que se asientan nuestro tiempo dependen más o menos remotamente de la biología darwiniana; una biología que Darwin se encarga de refundar¹⁸, que hace de ella lo que A. Diéguez ha denominado como “ciencia estrella” (2012, p. 17). La teoría de la evolución por selección natural de Darwin es un hito máximo en la historia del pensamiento, y como tal debe ser juzgada. Todo lo que podamos aquí decir, las críticas que sobre ella podamos verter, no deben hacer creer que la despreciamos en ningún sentido. El campo de investigaciones y descubrimientos que ha abierto —y sigue abriendo— es tan vasto que ni siquiera al día de hoy podemos dar cuenta suficientemente de él. Ahora bien, una vez admitido esto, sí hay destacar algunos puntos cruciales para entender a Ortega y su postura antidarwinista, una postura algo extraña desde nuestra perspectiva actual.

La clave para entender el antidarwinismo de muchos biólogos y pensadores de principios del siglo XX se encuentra en el ambiguo nacimiento de la biología darwiniana. Como explica A. Diéguez, Darwin ya había recopilado pruebas suficientes de la evolución de las especies tras sus viajes con el *Beagle* (lo que nos muestra el carácter eminentemente empírico de sus investigaciones, un arraigo en la experiencia y un proceder casi aristotélico que sin duda fue lo que le puso en el camino correcto para la comprensión de la vida). No obstante, a pesar de esta concienzuda recopilación, a Darwin le faltaba un principio que explicara esos datos:

El empujón definitivo para proseguir este camino se lo proporcionó la lectura en septiembre de 1838 del libro del economista Thomas Robert Malthus, *Ensayo sobre el principio de la población*. En él encontró la pieza que le faltaba para que el rompecabezas encajara: la idea de una dura lucha por la existencia en la que sólo los más aptos sobreviven (Diéguez, 2012, pp. 48-49).

Este punto es clave para entender la biología darwiniana y la crítica orteguiana a la misma. Al adoptar este principio explicativo como núcleo conceptual de su teoría biológica, Darwin estaba introduciendo de manera subrepticia una comprensión “economicista” de la vida que tanto habría de influir —y de confundir, a mi parecer— a posteriores biólogos. Esta crítica a Darwin fue con toda probabilidad conocida por Ortega a partir de Radl, quien, en su segundo volumen de *Historia de las teorías biológicas*, ya indicaba muy claramente el origen de estas ideas de Darwin: “la influencia sobre él de estas teorías de la economía política fue muy grande. Tanto su

concepción total de la naturaleza, como su visión científica global, estaban dominadas por ellas” (1988, p. 113). Tanto es así que, en opinión de Radl, “Darwin miraba el mundo viviente desde el punto de vista de la economía política” (1988, p. 113), esto es, como individuos egoístas en colisión con el egoísmo de los demás. Este economicismo negaba la constitutiva complejidad de la vida, lo que hacía de ella una teoría reduccionista y falsa. Un economicismo que, como hemos apuntado, no era más que fiscalismo encubierto. Explicar esta identificación suficientemente nos llevaría demasiado lejos, pero sirva como muestra apuntar que la escuela económica en la que Malthus se inserta, la economía clásica, de la que forman parte economistas como D. Ricardo, J. Bentham o A. Smith, partía de un gesto idéntico al de la física (que es el gesto por antonomasia de la ciencia físico-matemática): el de restringir su campo a una serie muy reducida de elementos para construir a partir de ellos una teoría cuyo alcance, en consecuencia, no puede más que ser igualmente reducido ¹⁹. Como advierte J. San Martín:

Este compromiso de Darwin con una teoría socio-económica profundamente ligada al capitalismo más extremo muestra hasta qué punto los paradigmas que actúan en la ciencia pueden estar sobredeterminados por las creencias de los científicos en un momento determinado (2013, p. 272).

San Martín de hecho señala a este origen economicista y su perspectiva individualista como el motivo de la crisis del darwinismo: “ahí va a estar la quiebra del darwinismo a principios de siglo, porque a partir del individuo no se entienden los grandes pasos de la evolución” (2013, p. 275). Precisamente la clave de la nueva *teoría sintética de la evolución* —cuyo origen puede localizarse en la publicación en 1938 de *La genética y el origen de las especies* de Dobzhansky en la que se unifica el darwinismo con los descubrimientos genéticos de Mendel y de De Vries (Cf. San Martín, 2013, p. 276)— radicaría en que “la nueva síntesis no partía del individuo que lucha por sobrevivir, sino de una *población*” (San Martín, 2013, p. 276). Aun así, lo que esto supone en última instancia es que las categorías fiscalistas originarias de la biología darwinistas deben paulatinamente desaparecer o reinterpretarse.

Una muestra de la preponderancia de esta visión fiscalista sobre la realidad es que incluso el propio Ortega, en un primer momento, llegó a defender esta biología fiscalista ²⁰, si bien sus posteriores lecturas biológicas y su maduración filosófica y personal le apartaron de este camino. Como expone Benavides, “entre aquella ingenua aceptación de la biología mecanicista, ejemplificada en el tropismo, y su pensamiento posterior median, sin duda, von Uexküll, Jennings, Roux y Paulov” (1988, p. 31). Hasta su descubrimiento de los vitalistas, y especialmente de von Uexküll, puede decirse que Ortega pasa unos “años de tanteo ²¹” (Benavides, 1988, p. 41)

en los que sus convicciones sobre biología no están todavía asentadas. En este contexto, de nuevo creo que merece la pena destacar el papel de Bergson como uno de los más agudos críticos del fiscalismo de la Modernidad y su obnubilación de la vida. Para el filósofo francés, el fiscalismo sólo constituiría una versión perfeccionada de un prejuicio anti-vital inherente al propio ser humano, cuya inteligencia eminentemente práctica “se siente en su casa en la medida en que se la deja entre los objetos inertes, especialmente entre los sólidos, donde nuestra acción halla su punto de apoyo y nuestra industria sus instrumentos de trabajo” (1994, p. 9). Esta tendencia del intelecto humano debería ser reconocida y compensada en favor de una visión más amplia y rica de la realidad vital, en opinión del filósofo francés.

4. LA BIOLOGÍA MÁS ALLÁ DE DARWIN

En cualquier caso, la historia de la ciencia biológica moderna no está completamente determinada por este origen económico-fiscalista. El propio Darwin, a pesar de cometer el error de basar su teoría en Malthus y su economicismo fiscalista, se apoyó también en otros biólogos como Lamarck y su teoría de la herencia²², lo que, unido a su voluntad experimental, le permitió escapar, en cierta medida, al reduccionismo económico-fiscalista. Anotemos que más importante aún que lo que el propio Darwin llegara a comprender es la evolución que el propio darwinismo ha sufrido en el último siglo y medio, pues el darwinismo ya no es simplemente, ni mucho menos, la teoría de Darwin. Esta teoría ha cobrado vida propia más allá de él, y ha ido incorporando las críticas más agudas que se hicieron a esta teoría. Por eso, es necesario comprender que el darwinismo hoy es mucho menos darwinista que el darwinismo al que Ortega se enfrentó, razón por la cual sus críticas nos puedan parecer algo extremas y desajustadas referidas al darwinismo actual.

La evolución del darwinismo, al menos en el tramo que nos interesa para llegar al contexto biológico de Ortega, tuvo un primer hito en el abandono por parte de Weismann de la teoría de la herencia lamarckiana, que acuñó el término de “neodarwinismo” (Cf. Diéguez, 2012, p. 51). Lo que esto supuso para la teoría de Darwin fue un reforzamiento de la vertiente económico-fiscalista de su propuesta, pues al perder a Lamarck el darwinismo perdía uno de sus anclajes propiamente biológicos. Este neodarwinismo fiscalista no tardaría en encontrar la oposición de biólogos que, pese a valorar el nuevo paradigma biológico inaugurado por Darwin, creían que la deriva neodarwinista y su reduccionismo no constituían una explicación biológica satisfactoria.

Por ello, “Tras un largo periodo de declive a finales del siglo XIX y principios del XX (...) las ideas de Darwin fueron remozadas y armonizadas con

la teoría de la herencia de Mendel²³ en los años treinta y cuarenta del siglo XX, en lo que se conoce como 'teoría sintética de la evolución' o también la 'síntesis moderna'" (Diéguez, 2012, p. 51). Como explica Benavides "A partir de la última década del siglo pasado comenzó el llamado «eclipse del darwinismo»" (1988, p. 33). "El darwinismo, a partir de los años treinta del siglo XX, volvería a imponerse, lo cual implica que contenía elementos clave de la solución final, pero esos elementos fueron rechazados temporalmente por una gran parte de la comunidad científica" (Benavides, 1988, pp. 33-34). Esta teoría sintética en la que desembocó la crisis del darwinismo fue una teoría capaz de salvar, al menos en un primer momento, las aporías fiscalistas del darwinismo, añadiendo al mecanismo de la selección natural otro mecanismo referido a las modificaciones aleatorias²⁴ (Cf. Diéguez, 2012, p. 52).

Así pues, tenemos que a la altura de principios del siglo XX las insuficiencias fiscalistas del darwinismo y del neodarwinismo provocan un eclipse de dichas teorías. Es en este contexto en el que surge lo que se ha venido a llamar como "vitalismo": "El vitalismo afirmaba que lo peculiar de los seres vivos frente a otros entes naturales es la posesión de algún principio espiritual o inmaterial que escapa a cualquier análisis puramente fisicoquímico. Tal principio fue denominado "entelequia" por H. Driesch²⁵" (Diéguez, 2012, p. 190). Efectivamente, dentro de esta corriente vitalista encontramos a los biólogos que más influencia habrían de ejercer sobre Ortega²⁶: Driesch, su discípulo Jennings, von Uexküll o De Vries²⁷. De nuevo, nos encontramos, como en el caso de Lamarck, con una exposición fallida de lo que, no obstante, supone una objeción acertada y necesaria. Esto es así en tanto las propuestas positivas de estos vitalistas, como la idea de entelequia de Driesch o las reivindicaciones de elementos vagamente calificados de inmateriales, fueron abandonadas relativamente pronto, su crítica sí apuntaba al problema fundamental: la vida no puede reducirse a su componente físico-químico.

El vitalismo nunca triunfó como corriente hegemónica en biología, principalmente porque no disponía de una teoría positiva alternativa suficientemente sólida como para oponerse al darwinismo renovado. No obstante, su simiente crítica sí caló, tanto en filósofos como Bergson y Ortega, como en numerosos biólogos, dando lugar años después a la renovada "teoría sintética de la evolución". Esta teoría vino a superar algunas insuficiencias graves del darwinismo, aunque todavía hoy hay muchos biólogos y filósofos de la biología que reivindican una revisión del paradigma darwinista, incluso en su formulación a partir de la teoría sintética.

En todo caso, volviendo a la corriente vitalista que surge a principios del siglo XX, la propuesta más sólida desde el punto de vista teórico, y la que más influencia habría de ejercer no sólo en Ortega sino en otros autores como Heidegger o Deleuze, fue la de J. von Uexküll. En Uexküll encontré

Ortega un asidero al que agarrarse para no naufragar en el mar de determinismo del siglo XX: “la exposición del nuevo modelo biologista por parte de von Uexküll no es sino la refutación punto por punto de esa biología mecanicista y determinista” (Benavides, 1988, p. 64), pues en la concepción de Uexküll, “el organismo vuelve a ser la unidad independiente que no sólo no es movida por el medio, sino que produce su propio *mundo circundante*” (Benavides, 1988, p. 64).

Este contexto biológico marcará de manera indeleble la filosofía de Ortega ²⁸. El filósofo español vio cómo, desde diversos frentes, principalmente desde la fenomenología ²⁹ y desde ciertas corrientes biológicas antidarwinistas, se empezaba por fin a combatir el determinismo imperante en el paradigma fiscalista de los últimos siglos. Un paradigma científico que no era más que el anverso de una visión utilitaria predominante entre la clase dominante de su tiempo: la burguesía ³⁰. En este sentido, debemos volver a destacar la influencia de Nietzsche sobre Ortega. La crítica que Ortega llevará a cabo al utilitarismo tiene como base principal la biología vitalista antidarwinista ³¹ que venimos comentando, y es claro que las proféticas palabras de von Uexküll: “Estamos en vísperas de una bancarrota científica cuyas consecuencias son aún incalculables. Hay que borrar al darwinismo de la serie de teorías científicas” (1945, p. 15) se marcaron a fuego en la mente de Ortega. No obstante, pensadores como Nietzsche ya habían abierto ese camino en Ortega mucho antes ³².

Ortega buscará una concepción biológica diametralmente opuesta al darwinismo y su idea de adaptación, que será criticada por el español innumerables veces por ver en ella la aplicación a la biología de la comprensión utilitaria de la vida típica del siglo XIX. Hasta qué punto el utilitarismo estaba arraigado en esta época es algo que puede comprobarse en la definición darwiniana de su principio fundamental de la selección natural: “En *El origen de las especies*, Darwin define la selección natural como el principio ‘por el cual toda ligera variación, si es útil, se preserva’” (Diéguez, 2012, p. 60). La utilidad queda así fijada, de manera programática, en la base de la explicación darwiniana de la vida. Una tesis como esta adolece claramente de un gran prejuicio economicista, y supone una reducción aplastante del fenómeno de la vida, una reducción cuyo origen se encuentra, como ya hemos apuntado, en el fiscalismo de la Modernidad. Ortega cifrará el principal defecto del darwinismo en no comprender que el movimiento de adaptación es siempre secundario respecto del espontáneo-lujoso:

... el darwinismo parte de un supuesto inevitable que luego parece olvidar y queda a su espalda como detalle sin importancia. En efecto, si la naturaleza conserva sólo las formas y funciones adaptadas quiere decir que las formas y funciones comienzan por presentarse espontáneamente sin atender a su aptitud (VII 826).

Por eso Ortega echará en cara a Darwin que deseché las “variaciones espontáneas” (VII 826) como insignificantes, cuando son la base de su teoría³³. Este punto capital es el que Ortega entrevió, pero en el que no pudo profundizar, en gran medida por el estado todavía incipiente en aquel momento de las investigaciones biológicas y psicológicas. La crítica orteguiana al reduccionismo darwinista y su utilitarismo de fondo es, como muchos aspectos del pensamiento de Ortega, precaria e insuficiente. No obstante, creo que es justo también reconocer su mérito. Debemos reconocer el valor que tiene haber realizado esta crítica en una época en la que muchos filósofos se dejaron seducir —todavía hoy lo hacen— por el determinismo de la paradigmática ciencia física. Sobre todo, el mérito de Ortega creo que reside, a pesar de su mencionada precariedad, en el modo y contenido concreto de su crítica, en haber apuntado con ella al problema fundamental, no contentándose con una crítica externa o simplista, sino llegando al corazón del asunto, poniendo en relación las distintas dimensiones y los diferentes planos en que operaba este reduccionismo fiscalista. En el plano biológico, quizás el más fundamental pues de él dependen en cierta medida el resto, el problema central atisbado ya por Ortega es precisamente que el darwinismo deja a su espalda el problema de la novedad en la vida, de la creación no sólo de especies nuevas, sino también de comportamientos (ambas dimensiones de la creación están unidas, como veremos). Todo ello es ocultado bajo el lenguaje fiscalista que habla de una etérea y abstracta selección natural, encargada de cribar entes adaptados frente a los no adaptados, despojando a los seres vivos de cualquier capacidad de acción, que en consecuencia pasan a ser entendidos como meros entes inertes sujetos a la susodicha selección natural.

Bergson es otro autor que sin duda ejerció un importante influjo en las ideas orteguianas sobre la biología. Dentro de la corriente crítica con el darwinismo y con el reduccionismo fiscalista, Bergson es el pensador de referencia de principios del siglo XX, y es evidente que Ortega lo leyó detenidamente y adoptó muchas de sus ideas (Cerezo, 1984, p. 147-148). Si bien la crítica al racionalismo y al utilitarismo tienen como base más lejana a Nietzsche, la modulación concreta que estos temas cobran en Ortega sintoniza más si cabe con el filósofo francés. También comparte nuestro autor con Bergson el hecho de que, siendo ambos muy críticos con la ciencia, esta crítica no se hiciera desde el vacío sino desde un gran interés y receptividad respecto de los avances científicos.

En cualquier caso, no debemos olvidar que, frente a toda esta reivindicación de la vida, Ortega, en contraposición a ciertos vitalismos irracionales o antirracionales (Nietzsche, Unamuno), defenderá siempre a la razón. Pero una razón no racionalista, no hipostasiada, sino una razón como función vital, como fantasía exacta que por tanto no puede nunca imponerse y subyugar a la propia vida. Como explica J. Lasaga: “Uno de

los malentendidos hacia los que es fácil deslizarse al leer los textos de los años veinte es el de percibir en Ortega una orientación hacia un irracionalismo de corte vitalista e inspiración nietzscheana (...) El enemigo, repitámoslo una vez más, no es la razón, sino su modelo racionalista, utopista, utilitarista que había levantado el siglo XIX" (2003, p. 69).

Si hay que destacar la influencia de algún autor sobre Ortega con relación a estas cuestiones, no hay duda de que el biólogo J. von Uexküll debe ser el primero de la lista. No es exagerado afirmar que la obra *Ideas para una concepción biológica del mundo* constituye uno de los pilares de la filosofía orteguiana, una especie de libro-fetiché sobre el que Ortega vuelve una y otra vez a lo largo de su vida, y cuya influencia se deja notar especialmente en la base biológica de su filosofía, pero que no por ello deja de operar como fondo en muchos otros aspectos de su pensamiento. Es extraordinariamente significativa y reveladora la introducción que Ortega antepone en 1922 a la edición española de *Ideas para una concepción biológica del mundo*, donde confiesa lo siguiente:

Debo declarar que sobre mí han ejercido, desde 1913, gran influencia estas meditaciones biológicas. Esta influencia no ha sido meramente científica, sino cordial. No conozco sugerencias más eficaces que las de este pensador, para poner orden, serenidad y optimismo sobre el desarreglo del alma contemporánea (III 415).

Nótese el carácter global, filosófico y no restringido a la biología, que Ortega otorga a la obra de Uexküll. Un recorrido a *Ideas para una concepción biológica del mundo* no deja lugar a dudas sobre el origen del antidarwinismo y antiutilitarismo de Ortega. La obra de Uexküll comienza levantando el acta de defunción del darwinismo al afirmar que:

... para el gran público los dogmas de esta doctrina, convertida en una especie de religión³⁴, aún será moneda corriente durante años. Pero los biólogos experimentales se apartan silenciosamente de ella, uno tras otro, y pronto tendrán también que seguirlos los biólogos descriptivos (1945, p. 15).

Esta opinión respecto del darwinismo como una teoría del pasado claramente superada puede comprobarse en los textos de los biólogos que Ortega frecuentaba a principios del siglo XX. Así, por ejemplo, Driesch afirmaba en 1902 que "El darwinismo ha muerto hace ya mucho tiempo" (Driesch (1902) citado por López Piñero, 1988, p. XIV), una creencia que también secundaba Radl al decir que "el darwinismo, como doctrina tiránica, que encadenaba imperiosamente la vida humana, ha muerto" (1988, p. 417). Debe seguir existiendo como teoría histórica, pero su vigencia — creían estos autores— había desaparecido.

El tono triunfalista respecto del aparentemente moribundo darwinismo se extiende por todo el libro, lo cual no deja de extrañar dada la buena salud de la que todavía hoy goza el darwinismo. Sin embargo, como ya apuntamos, a principios del siglo XX el darwinismo estaba sumido en una profunda crisis de la que no se esperaba que resurgiera como efectivamente hizo. En todo caso, no tarda Uexküll en explicar las claves de la debacle del modelo darwinista. En opinión del biólogo, el énfasis darwinista en la competencia distorsiona la efectiva realidad biológica, pues, “sólo puede hablarse de la superioridad de un competidor sobre otro cuando es el mismo el objeto por el cual luchan ambos” (1945, p. 18), lo cual propiamente no sucede, porque cada organismo vive en un mundo distinto poblado de distintos objetos.

Esta será una de las tesis capitales de Uexküll, de claro cuño kantiano, pero que, en el planteamiento del biólogo, adquiere una significación muy distinta. Uexküll dirá que cada animal tiene un mundo entorno (*Umwelt*) diferente en función de sus órganos receptores, razón por la cual no puede hablarse de un mundo común para todos los animales. Este mundo objetivo es una pretensión fiscalista, pero la biología siempre se encuentra con mundos subjetivos (Cf. Uexküll, 1945, p. 56). Esta pretensión tiene su origen en la idea física de mundo, una física de la cual hemos olvidado su carácter de constructo metafísico particular. Abordar la biología desde presupuestos fiscalistas ha conllevado una simplificación de “toda la diversidad de la naturaleza orgánica” (Uexküll, 1945, p. 18), que a la postre acaba reduciendo lo orgánico a lo inorgánico³⁵.

Uexküll entiende que el darwinismo rechaza el problema fundamental de la biología: “la *conformidad a plan* del organismo” (1945, p. 23), el cual radica en la dependencia funcional de las partes orgánicas respecto del todo orgánico, y de éste respecto de su mundo exterior (Cf. Uexküll, 1945, p. 42), una relación que, según Uexküll, no es ella misma material y, por tanto, no es física, no se deja entender bajo presupuestos materialistas: “las leyes de la vida no son nunca las puramente mecánicas, que sólo conocen causa y efecto, sino siempre de la índole de las que enlazan las relaciones de la parte con el todo” (1945, p. 97). Una silla, dirá Uexküll, sólo cobra sentido como “unión funcional” (Cf. 1945, p. 50).

Esta tesis básica de la obra de Uexküll se encuentra entreverada en una continua diatriba de las ideas darwinistas fiscalistas, a las cuales acusa no sólo de haber errado de lleno en el campo biológico, sino de haber vaciado de sentido el mundo del ser vivo que es el hombre (Cf. 1945, p. 121 y 236). Para el fiscalismo, “ética, estética, psicología, fisiología, física, química, todo es una misma cosa, mensurable danza de átomos” (Uexküll, 1945, p. 173). Es difícil no sólo ver en estas críticas de Uexküll el germen, sino la directa inspiración de las críticas orteguianas a la ciencia moderna

físico-matemática y su modo de vida, cuestiones omnipresentes en la producción del filósofo español.

La influencia de la filosofía de la biología uexkülliana va mucho más allá de la coincidencia en la crítica fisicalista. Por ejemplo, no es exagerado afirmar que la base de la metafísica orteguiana, su concepción de la realidad radical como relación ejecutiva de un yo y una circunstancia, tiene su fuente más importante en Uexküll. Así pues, la influencia de Uexküll, como decíamos al principio citando las propias palabras de Ortega, fue más profunda —*cordial*, decía el español— de lo que fue ninguna otra, lo cual se deja notar en distintos aspectos del pensamiento orteguiano. Y no sólo en conceptos e ideas concretas, sino en la incitación a la lectura de otros autores, principalmente de biólogos como Radl (Uexküll, 1945, p. 57) Driesch (1945, p. 21) o Jennings (1945, p. 146), a quien Uexküll tiene en mucha estima, o de los no tan bien valorados Loeb (1945, p. 237) y Haeckel (1945, pp. 236-237).

5. CONCLUSIONES

Tras este recorrido a las bases de la filosofía orteguiana, podemos afirmar, sin lugar a dudas, que el raciovitalismo es, en el sentido más propio de la palabra, una filosofía biológica. La ciencia biológica que ya despuntaba en los siglos XVIII y XIX ha seguido su imparable ascenso en los siglos XX y XXI, un ascenso del cual todavía no se atisba el final. Cada década, y prácticamente cada pocos años, las distintas ciencias biológicas producen avances y desarrollos que reformulan nuestra comprensión de la vida. Esto ha supuesto que, en el último siglo, innumerables filósofos hayan tomado a la biología como referente para su pensamiento, y articulan sus categorías desde los descubrimientos y conceptos de la biología. Este auge e importancia de la biología para la filosofía debe poner en valor la propuesta filosófica de Ortega, uno de los primeros filósofos en tomar la biología como base de su pensamiento. Esta es una puesta en valor que no debe limitarse al estudio histórico, sino que, a nuestro entender, podría también ser de interés para las propias ciencias biológicas. Las definiciones orteguianas de vida, de organismo o su distinción entre vida humana y vida animal, podrían ser de gran utilidad para la conceptualización de estos términos en biología y otras disciplinas afines. En todo caso, lo que es evidente es que la filosofía de Ortega no debería rehuir su filiación biológica, sino más bien abrazarla como uno de sus mayores aciertos y potencialidades. A la defensa de este punto se ha dedicado este artículo, que espera también ser la punta de lanza para otros trabajos que con toda seguridad habrán de continuar esta línea de investigación.

- 1 Pérez Pinto habla de “su distinción entre una auténtica Ciencia de la vida y la Biología, a la que, según Ortega, debería llamarse más bien Zoología” (1983, p. 272).
- 2 Para las obras de Ortega citaremos haciendo referencia al tomo de las obras completas (*Obras completas*, Taurus, 2004-2010) en numeración latina seguido del número de página correspondiente.
- 3 Benavides afirma que “[los conceptos] en el caso de un pensador de raza, tienen siempre raíces terrestres” (1988, p. 9), y menciona algunos de los casos más paradigmáticos: la metafísica platónica reflexiona sobre geometría; la filosofía Aristotélica tiene como base a la biología; Descartes teoriza con base en la *nuova scienza* de Galileo; Kant forja una metafísica al rebufo de la física de Newton.
- 4 Sobre este punto cabe recordar la diferencia que Ortega traza en *¿Qué es filosofía?* entre la exactitud y circunspección científica frente a la pantonomía y universalidad filosóficas.
- 5 “... los sucesivos abandonos de Ortega, las cesuras de su pensamiento fueron debidas no tanto a la influencia --externa, por lo demás-, de otros filósofos, cuanto a los cambios de paradigma científico, especial-- ante de la biología” (Benavides, 1988, p. 12); “su pensamiento osciló no tanto al compás de la incidencia de determinados pensadores, cuanto al de las distintas hipótesis naturalistas y al de la crisis de fundamentos de las ciencias” (Benavides, 1988, p. 13).
- 6 Prueba de ello son frases como la siguiente: “Las insoslayables incidencias del pensamiento de otros filósofos en el suyo propio deben contemplarse como incrustaciones circunstanciales” (Benavides, 1988, p. 18)
- 7 “Sólo una excepción admite nuestra tesis: la de la fenomenología” (Benavides, 1988, p. 18).
- 8 Sobre von Uëxküll podemos leer a Benavides hablar de la “minuciosa frecuentación que el pensador hizo de las obras del biólogo, de las que no sólo tomó motivos de inspiración, sino incitaciones para otras lecturas” (1988, p. 180). Y sobre Köhler: “Si se repara en el número de veces que en su obra aparecen, *nominatim* o no, las investigaciones de Köhler sobre la inteligencia de los chimpancés y se pone especial empeño en determinar los contextos en que se insertan, sorprende la trascendencia que en el desarrollo de su pensamiento tuvieron” (Benavides, 1988, p. 299).
- 9 “Hay, pues, que suponer que, pese a sus olvidos, los estudios en Leipzig y el contacto con tan eximio exponente de la biología le proporcionarían un notable conocimiento de esta ciencia” (Benavides, 1988, p. 26).
- 10 Sobre la impronta del pensamiento de Turró en la idea de ‘verdávoro’ volveremos más adelante (véase apartado 3.3.). Por otro lado, que Ortega conoció la obra de Turró *Orígenes del conocimiento: el hambre* es altamente probable, dado que Unamuno hace el prólogo a dicha obra y sobre todo por las conferencias en la residencia de estudiantes que Turró impartió en 1917, que fueron posteriormente publicadas en 1918 (Cf. Fuentes, 2010, p. 28 nota).
- 11 “Estas enseñanzas se transmutan en elementos heurísticos por obra de un vasto proceso de metaforización” (Benavides, 1988, p. 357).
- 12 “... lo que en contacto con la nueva biología adquirió fue una serie de matrices múltiparas, como él mismo las denomina, en las que proliferaría su propio pensamiento” (Benavides, 1988, p. 127).
- 13 “... tanto el concepto de *perspectiva* como el de *circunstancia* se hallan vincula-

- dos a la nueva biología" (Benavides, 1988, p. 130); el concepto de generación también está muy influido por la teoría de las mutaciones de Hugo de Vries (Cf. Benavides, 1988, pp. 260-263).
- 14 Un biologicismo que en rigor habría que llamar fiscalismo, lo cual aclara notablemente el problema, como veremos a continuación.
 - 15 Esta afinidad entre biología y filosofía consiste, para Diéguez, en que "determinados problemas de la propia biología son susceptibles de un enfoque interdisciplinar en el que las herramientas analíticas y conceptuales del filósofo han mostrado ser de gran utilidad. Podría decirse que esos problemas son aún tan biológicos como filosóficos" (2012, p. 17). Esta afirmación no es la feliz idea de quien se pone a "teorizar" sobre un problema, sino la conclusión de un autor que, como Diéguez, es filósofo, pero también biólogo, y que por tanto conoce esta afinidad entre filosofía y biología de primera mano. Por mi parte, y sin negar su conclusión, sino dándole más alcance, entiendo que filosofía y biología no sólo son útiles una para la otra, sino imprescindibles constitutivamente.
 - 16 La propia biología, como dice Diéguez, dejaba a su espalda --al menos en sus inicios-- el problema fundamental "La pretensión de ofrecer una definición correcta de lo que es la vida, o una caracterización de en qué consiste estar vivo, no ha sido una ocupación bien mirada, y mucho menos central, dentro de la biología" (2012, p. 23). Diéguez explica que frente a esta desatención sólo habría excepciones como "la discusión sobre el vitalismo a comienzos del siglo XX" (2012, p. 23), una discusión que, no casualmente, fue el campo de batalla por el que Ortega se introdujo en el estudio de la biología.
 - 17 En este sentido Diéguez defiende que "Darwin es el científico que más ha influido en la configuración de la cultura contemporánea" (2012, p. 53). También San Martín afirma que "nuestra imagen actual del ser humano se nutre más de la ciencia que de las imágenes tradicionales" (2013, p. 235).
 - 18 "la teoría de la evolución por selección natural. Una idea que significó la refundación de los estudios sobre la vida desde unas nuevas bases teóricas" (Diéguez, 2012, p. 47).
 - 19 Por ello no es casualidad, aunque a Arendt se lo parezca, que exista una íntima relación entre Darwin y Marx: "La coincidencia de la filosofía de la labor de Marx con las teorías de la evolución y desarrollo del siglo XIX (...) resulta sorprendente y ya fue observada por Engels, quien llamó a Marx «el Darwin de la historia»" (Arendt, 2005, p. 133)
 - 20 Refiriéndose a algunos textos elogiosos hacia Loeb y su teoría de los tropismos, Benavides afirmará no sin razón que Ortega "en 1911 no hace ascos del mecanicismo en biología" (1988, p. 30).
 - 21 "No resulta fácil encontrar alguna coherencia en el conjunto de los conocimientos que sobre biología adquirió Ortega en los años que precedieron a 1913" (Benavides, 1988, p. 41). Benavides resume de este modo su primera recepción de la biología: "Antes de 1913 oye Ortega, pues, la primera campana de la nueva biología: el teleologismo de Driesch, del que sospecha que algo puede aprender la ética. Aparecen las matrices de su propio pensamiento --vida, circunstancia, perspectiva-- ostentando el cuño idealista-objetivista característico de esos años juveniles. Tantea el panorama científico de su tiempo, marcado todavía por el mecanicismo y el determinismo decimonónico, y lo asume sin reparos: darwinismo, antropogeografía, teoría de los tropismos, etc." (1988, p. 61).
 - 22 "Darwin nunca abandonó del todo las ideas lamarckianas acerca de la herencia" (Diéguez, 2012, p. 51). Estas ideas lamarckianas, equivocadas en su

expresión explícita (como mostró posteriormente Weismann) tenían, no obstante, la virtud de conservar la intuición de lo que es una función, una idea inextirpable para una comprensión propiamente biológico-hermenéutica de la vida. Como explica Fuentes, “la clave está en que, en el caso de los organismos conductuales, la conducta es el contexto, o la “punta de lanza”, o la “vanguardia”, dentro de la cual se dan, funcionalmente subordinadas a ella, las propias actividades fisiológicas (y no al revés, como tantos suponen: no es la fisiología la que explica a la conducta, es sólo en el seno de la conducta como se explica el sentido funcional mismo de la fisiología): así pues, serán las variaciones conductuales novedosas (lo que propiamente llamamos “aprendizaje”) aquellas en cuyo contexto tienen lugar las variaciones funcionales fisiológicas, siempre funcionalmente subordinadas a las conductuales, y por tanto será la propia selección orgánica fisiológica la que quede funcionalmente subordinada a la selección orgánica conductual. Esto nos permite recuperar la profunda intuición de Lamarck según la cual la forma del cuerpo de los seres vivos, y tanto más la de los seres vivos inteligentes, lejos de ser algo mostrenco, llevaba impresa, o estaba conformada según su propia actuación inteligente” (2005a, p. 6). Como dice Benavides, frente al mecanicismo darwinista que introducía un determinismo incómodo, “El lamarckismo sigue ejerciendo su seducción, tanto ahora como entonces, porque permite creer que la *vitalidad* y *creatividad* (...) son las auténticas fuerzas motoras de la naturaleza” (1988, p. 34). La tensión en Darwin entre la influencia de Lamarck y la de Malthus explica en buena medida las fallas de su teoría: “Darwin no pudo explicar nunca satisfactoriamente el origen de la variación, ni tenía una teoría de la herencia capaz de encajar con sus propuestas” (Benavides, 1988, p. 50).

23 Benavides también habla de la importancia de la recuperación de las teorías de Mendel, sobre todo gracias a Hugo de Vries: “Este movimiento condujo a los biólogos a reconocer la importancia de las leyes de Mendel y a introducir el concepto de mutación genética. Éstos habrían de ser, en definitiva, los factores cruciales para la posterior revitalización del darwinismo, aunque, en un principio, la genética y la teoría de la mutación parecieron contribuir a su eclipse” (Benavides, 1988, p. 265).

24 Esta teoría tampoco podía por sí sola resultar satisfactoria, pues el carácter aleatorio (por tanto, ciego) de las mutaciones no parecía intuitivamente correcto (no se corresponde con nuestra experiencia cotidiana sobre la vida), y la lucha por la supervivencia seguía siendo (no podía dejar de serlo debido a su origen) un principio extremadamente abstracto y poco explicativo en último término. No podemos adentrarnos mucho más en esta exposición, pero al menos sí quería enunciar brevemente lo siguiente. La teoría sintética, precisamente por su carácter sintetizador, ha ido a lo largo de las últimas décadas ampliando su capacidad interpretativa a base de “estirar” sus principios, perdiendo o rebajando, de manera inconsciente muchas veces, pero de manera real y efectiva, su origen fiscalista. La aleatoriedad se ha tamizado a través de un concepto ampliado de lo funcional, y la lucha por la supervivencia se ha matizado de muy diversas maneras, incluyendo en su seno la idea de cooperación o altruismo. No podemos adentrarnos más en este campo que, por otra parte, sería interesantísimo; pero baste decir que la tendencia en biología es la de ir soltando poco a poco su lastre fiscalista -a pesar de que su origen todavía marca notablemente la disciplina, algo que se observa, como dice Diéguez, en que “el reduccionismo ontológico sea la posición absolutamente dominante entre científicos y filósofos” (2012, p. 190).

25 Benavides explica que “el vitalismo no era sino una más entre las alternativas

- teóricas que provocaron el eclipse del darwinismo en las dos primeras décadas del siglo; las otras eran el mendelismo, la teoría de las mutaciones, el neolamarckismo --cuya forma más espiritualizada era precisamente el vitalismo-- y la ortogénesis. (...) si bien en un principio aparecieron como enemigas mortales del darwinismo y se integraron perfectamente con el vitalismo, su alianza con el evolucionismo renovado a partir de los años treinta dará lugar a la *síntesis moderna*" (1988, p. 28).
- 26 Benavides habla del "confuso ambiente en que se movían las alternativas científicas al darwinismo en el momento en que Ortega acusa su influencia. En esos avatares del lamarckismo va a surgir precisamente el vitalismo, la teoría a cuyo socaire el pensamiento de Ortega experimentará una orientación radical" (1988, p. 37).
- 27 Estos autores conforman lo que Benavides llama el "panorama de teorías alternativas al darwinismo" (1988, p. 10). Benavides afirma expresamente que "Ortega tuvo conocimiento expreso de las obras de Driesch, de von Uexküll y de Jennings, y, de manera indirecta al menos, tuvo noticia de la teoría de las mutaciones y del mendelismo" (1988, p. 10). También afirma más adelante que Ortega "leyó a Darwin (...) leyó también a otras figuras del evolucionismo mecanicista, como Spencer, Weissmann y Haeckel, entre otros" (1988, p. 29).
- 28 "Ortega y Gasset se circunscribe dentro de las corrientes de pensamiento antidarwinista de principios del siglo XX, que asume, y constituyen en algunos temas el núcleo fundamental de su reflexión" (Pérez Pinto, 1983, p. 268).
- 29 Aunque hemos destacado insistentemente el papel de la fenomenología en la filosofía de Ortega, es justo volver a hacerlo en este punto, pues como expone Cerezo, "la crítica orteguiana al utilitarismo, ya sea éste ético o epistemológico, tan marcada y decisiva en estos años, responde prácticamente al principio fenomenológico de la *epoché*: la necesidad de proceder a una suspensión metódica de los intereses dominantes en nuestro trato cotidiano con las cosas, para dejar aparecer éstas en su propia autonomía" (1984, p. 250). No creo que esta sea la única ni principal vía por la que Ortega llegue a su antiutilitarismo, pero evidentemente es una de las líneas que confluye y encaja armónicamente en su visión no utilitaria de la vida y la filosofía.
- 30 "Desde el primer momento se advierte, sin embargo, que la crítica orteguiana al utilitarismo trasciende el marco ético/antropológico, para convertirse en una denuncia de la forma de vida burguesa" (Cerezo, 1984, p. 343).
- 31 Es importante hacer notar que este anti-darwinismo orteguiano no constituía en su caso un anticientificismo de ningún tipo: "el rechazo de este criterio científico en la explicación de la vida será otra teoría científica: la nueva biología" (Benavides, 1988, p. 121).
- 32 Blumenberg comenta a este respecto que la influencia biológica decisiva de Nietzsche no es Darwin sino el "biólogo W. H. Rolph" (2011, p. 401), quien precisamente da a Nietzsche la clave para su crítica antidarwinista: "Nietzsche se pronuncia contra los presupuestos de Darwin en un punto decisivo: la selección natural mediante la lucha por la existencia no es el motor de la evolución" (2011, pp. 401-402); "Es esta economía racional de la autoconservación lo que ataca Nietzsche apoyándose en Rolph, definiendo la vida como un fenómeno fundamental de lujo, ganancia e intensificación" (2011, pp. 401-402).
- 33 Benavides, por ejemplo, concuerda en este punto, pues piensa también que Darwin "deja intacta la cuestión esencial, a saber: cómo esas formas dadas son dadas; y cómo y por qué son creadas" (1988, p. 139).
- 34 Una idea que veremos repetida con más fuerza aún al final de la obra cuan-

do Uexküll afirme que “de fijo que Darwin mismo no hubiera vacilado un momento en admitir la teoría mendeliana y en ceder la preeminencia al más grande. Pero el actual darwinismo ya no es una hipótesis de ciencia natural, sino un sistema de dogmas” (1945, p. 253), una valoración negativa que quedará enfatizada unas páginas más tarde, cuando afirme que “el darwinismo ha retrasado en medio siglo el progreso de la biología” (Uexküll, 1945, p. 259).

35 “La actual concepción científica de la Naturaleza parte de la teoría física de un caos general de puntos materiales en el espacio, en el cual sólo rigen fuerzas fisicoquímicas. Este caos forma el general e informe mundo exterior en que viven todos los organismos. Pero cada organismo, conforme a su estructura, sólo entra en relación con una parte muy pequeña de mundo exterior. Cada ser vivo mediante estas relaciones, se crea un mundo circundante, único, propio para él, en el que se desenvuelve su vida” (Uexküll, 1945, p. 18-19).

BIBLIOGRAFÍA

- Agamben, Giorgio. (2004), *Lo abierto. El hombre y el animal*. Trad. Antonio Gimeno Cuspinera. Valencia: Pre-textos.
- Benavides Lucas, Manuel. (1984), "La retícula biológica en el pensamiento de Ortega". *Cuadernos Hispanoamericanos* 135, 403-405: 105-119.
- (1988), *De la ameba al monstruo propicio. Raíces naturalistas del pensamiento de Ortega y Gasset*. Madrid: Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid.
- Bergson, Henri (1994), *La evolución creadora*. Barcelona: Planeta-Agostini. Trad. María Luisa Pérez Torres.
- Bueno Martínez, Gustavo (1983), "Ortega y Edgar Quinet". *Conversaciones sobre Ortega: Actas de las 1as jornadas culturales de Aller*. Aller: I.N.B. Príncipe de Asturias (Temas Alleranos; 1), pp. 301-312.
- Cerezo Galán, Pedro (1984), *La voluntad de aventura. Aproximamiento crítico al pensamiento de Ortega y Gasset*. Barcelona: Ariel.
- (2011), *José Ortega y Gasset y la razón práctica*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Diéguez Lucena, Antonio (2012), *La vida bajo escrutinio. Una introducción a la filosofía de la biología*. Barcelona: Biblioteca Buridán
- Durán, Manuel (1996), "Ortega y von Uexküll: de la biología a la razón vital". *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos* 21, 1: 101-116.
- Espinosa Rubio, Luciano (1998), "La técnica como radical ecología humana". *El hombre y su medio. Perspectivas ecológicas desde Ortega y Gasset*, Paredes Martín, María del Carmen (Ed.) Salamanca: Departamento de Filosofía y Lógica, pp. 119-142.
- (1999), "Razón, naturaleza y técnica en Ortega y la escuela de Frankfurt". *Isegoría*. Revista de Filosofía Moral y Política 21: 101-129.
- Fuentes Ortega, Juan Bautista (2005a), "Notas sobre (i) la "selección orgánica" y la "epigénesis", y sobre las relaciones entre ambas ideas, sobre (ii) el alcance de la idea de "evolución conjunta de los organismos y sus medios", sobre (iii) las posibilidades de reconstrucción en clave aristotélica de la teoría de la evolución entendida desde la "selección orgánica" y, por último, sobre (iv) la idea de "ser en el mundo" en clave "natural" o "física" (íntegramente corpórea)", pp. 1-18. Eprint de la UCM: www.es/eprints/view/subject
- (2010), "La teoría del origen trófico del conocimiento de Ramón Turró: un ensayo sobre su trasfondo histórico-filosófico y sus posibilidades de desarrollo teórico en el sentido de una concepción (neo)aristotélica de la vida". *Psicología Latina* 1: 27-69.
- Garrido Jiménez, Manuel (1983), "El yo y la circunstancia". *Teorema* XIII (3-4): 309-343.
- Hartmann, Nicolai (1986), *Ontología. Vol. IV*. Trad. José Gaos. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- (1912), *Philosophische Grundfragen der Biologie*. Göttingen: Dambenhoed & Ruprecht.
- Kuhn, Thomas S. (2010), *La estructura de las revoluciones científicas*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Lasaga Medina, José (2003), *José Ortega y Gasset (1883-1955), Vida y filosofía*. Madrid: Biblioteca nueva.
- Míndán Manero, Manuel (2009), "Principios de metafísica según la razón vital o viviente". *Revista de Estudios Orteguianos* 19: 193-204.
- Odling-Smee, F. John, Laland, Kevin, Feldman, Marcus (2003) *Niche-construction: The Neglected Process in Evolution*. Princeton. New Jersey: Princeton University Press.

- Orringer, Nelson (1979a), *Ortega y sus fuentes germánicas*. Madrid: Gredos.
- Ortega y Gasset, José (2004-2010), *Obras completas. Tomos I-X*. Madrid: Taurus.
- Pérez Pinto, Jesús Emiliano (1983), "Connotaciones biológicas en la obra de Ortega". *Conversaciones sobre Ortega: Actas de las 1as jornadas culturales de Aller*. Aller: I.N.B. Príncipe de Asturias (Temas Alleranos; 1), pp. 263-273.
- Radl, Emanuel (1988), *Historia de las teorías biológicas. Vol.2, Desde Lamarck y Cuvier*. Madrid: Alianza. Trad. Felix Díez Mateo.
- San Martín Sala, Javier (2013), *Antropología filosófica I. De la antropología científica a la filosófica*. Madrid: UNED.
- Stiegler, Barbara (2001), *Nietzsche et la biologie*. Paris: Presses Universitaires de France.
- von Uexküll, Jakob (1945), *Ideas para una concepción biológica del mundo*. Buenos Aires: Espasa-Calpe.
- (2014), *Cartas biológicas a una dama*. Trad. Tomás Bartoletti y Laura Cecilia Nicolás. Buenos Aires: Cactus.
- Varela García, Francisco y Maturana Romesín, Humberto (1995), *De máquinas y seres vivos: autopoiesis: la organización de lo vivo*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.